



que su obra afirma y realiza. Por la obra, la posesión se vuelve poder de poseer y la servidumbre se despierta emancipada. Se puede decir de Canetti que éste perpetúa el espíritu que representa, que revela y que transforma dándole un sentido, afianzando esa realidad que es su propia creación, más allá de lo perecedero, más allá de la inquietud del tiempo y de la potencia destructora del puro cambio. Como en un discurso ininterrumpido, descubriéndose encadenado, como dice Foucault, a "una voz sin nombre" que proviene desde hace mucho tiempo y, en la cual, el creador se convierte en un instante dentro de esa temporalidad eterna.

Canetti nos habla desde ese discurso, desde esa narración que parece ser capaz de actuar sobre la realidad y transformarla mostrándonos la multiplicidad de sus posibilidades secretas. La obra de Canetti nace de su propia capacidad que, como creador tiene para hacer del juego de las contradicciones el alimento del equilibrio.

De esta manera, lo que hace posible la amplitud del discurso de Canetti, eso que Musil llamó el "orden narrativo", es la vuelta a la capacidad del lenguaje para penetrar en el oscuro terreno en el que se busca no sólo la experiencia sino el sentido de ésta; es la vuelta a la palabra que ya no es sólo lo que ella es y ha sido como tampoco su disponibili-

dad ni la libertad de obrar que posee como uno de sus rasgos distintivos, sino que la vuelta se ejecuta sobre el secreto de nombrar que se dirige y orienta a provocar una corriente de vida donde, por momentos, lo real y lo imaginario, lo racional y lo irracional y, también, el todo del escritor en movimiento se anuncia desde las potencias nocturnas para entregarse a la búsqueda de nuevas soluciones a través del camino de la creación imaginaria. En este sentido, la tarea del escritor, como nos dice el propio Canetti, es convertirse en "custodio de las metamorfosis", pues "El escritor *está* más próximo al mundo si lleva en su interior un caos; pero a la vez se siente, y éste ha sido nuestro punto de partida, responsable de dicho caos; no lo aprueba, no se encuentra a gusto en él ni se considera un genio por haber dado cabida a tantos elementos contrapuestos y sin ilación entre sí; aborrece el caos y no pierde la esperanza de superarlo tanto por él como por los demás. Para poder decir algo mínimamente valioso sobre este mundo, no podrá alejarse de su persona ni evitarlo. Tendrá que llevarlo en su interior como ese caos absoluto en el que finalmente se ha convertido, pese a todos los objetivos y proyectos propuestos... Pero no deberá sucumbir a dicho caos, sino hacerle frente y oponerle, a partir justamente de sus experiencias con él, el ímpetu avasallador de su esperanza."



Autobiografía

EN PRENDA VA MI INFANCIA

Luis de la Fuente

El niño Canetti

Las buenas autobiografías son aquellas que le hubiera gustado al lector vivir. El entusiasmo por la vida de un personaje singular va en relación con las ilusiones perdidas de su generación. Canetti presenta en su libro *La lengua absuelta* su autorretrato de infancia. De 1905 a 1921. Del alumbramiento a los dieciséis años.

La figura predominante a lo largo de las más de trescientas páginas del libro es la de la madre. Madre fuerte, dominante, hermosa, implacable. Matilde había quedado viuda cuando tenía veintisiete años. Con tres hijos. El mayor, Elías, había cumplido siete. Los papás de Canetti eran personas agradables, cultas, que gustosamente hubieran dedica-

do su vida al teatro. A la muerte del papá el niño Elías, primogénito, se convirtió en el custodio de su madre. La relación se estrecha y se consolida. Será la más importante en la vida de ambos. A pesar de las diferencias de la vida cotidiana Elías hacía lo que su madre quería y ella hacía lo que él quería. Dentro, obviamente, del código autoritario familiar. "Nos queríamos tanto que siempre queríamos lo mismo", gustaba decir Canetti. Matilde, madre joven y severa, era muy exigente con sus hijos. Siempre pedía respuestas rápidas e inteligentes. Strindberg era su autor predilecto; decía que era el hombre más inteligente del mundo. Siempre pendiente de sus hijos, les dio una buena educación, en un ambiente dominado por la ausencia de la imagen paterna, que ella tenía que llenar, y por los celos, que especialmente atormentaron a Elías.

Matilde le contaba a Elías sobre la bondad de su padre. Pero, también, cosas nuevas sobre su repentina muerte. Esto destrozaba al niño, y le permitía a ella desquitarse por los celos del hijo que prácticamente le hacía la vida imposible. Los celos más importantes de este período se los causó Herr Professor, un médico que cortejaba a su madre. Estos celos lo trastornaron toda la vida. "Se convirtieron en mi verdadera pasión, una pasión que no atendía argumentos ni razonamientos de ningún tipo". La amenaza era muy clara: "¡Si te casas me tiro por una ventana!", gritaba el niño Canetti. Y lo decía en serio. El tema del sexo siempre fue silenciado por la madre. Por eso, Canetti ni siquiera se imaginaba de lo que se estaba privando su madre, que tenía treinta y dos años y vivía sola. Gran mujer, pero también con debilidades: ante un ratón perdía todo valor y autodominio.

La infancia de Canetti da la impresión de ser la historia de su vida adulta. Aparece como un niño despierto, reflexivo, disciplinado, responsable. Sus dos hermanos, Nissin y George, el menor, que sería terriblemente goloso, tienen poca influencia en su niñez. La añoranza por una hermanita, la tuvo presente. Canetti aprendió muchas lenguas de niño. En Rustschuk se hablaban siete u ocho lenguas diferentes y todos atendían un poco de cada una. Su padre le hablaba de lo hermoso que era leer y constantemente le llevaba libros para que leyera. El último libro que recibió de su padre trataba de Napoleón. Estaba escrito desde el punto de vista inglés y presentaba a Napoleón como el tirano malvado que quiso dominar a todos los países, especialmente a Inglaterra. Canetti estaba leyendo este libro cuando murió su padre. Hasta entonces había tenido pocos contactos con el poder. Desde entonces relacionó el nombre de Napoleón con la repentina muerte de su padre. De todas las víctimas del Emperador, su padre fue la más grande y la más terrible.

Odiseo se convirtió en un modelo singular. Tenía una gran admiración por él. Canetti amaba o aborrecía personajes sólo por su nombre. Los nombres de Menelao y Paris le parecían ridículos. Aborrecía Zeus, Ares y Hodes. Le gustaban Ajax, Casandra, Perséona, Afrodita, Hera, Poseidon y Hefesto. A los catorce años escribió una tragedia en cinco actos *Junius Brutus*, de 121 páginas, con 2258 versos libres. El futuro le preocupaba en cuanto al efectivo de libros en el mundo. Le aterraba la idea de haber leído todos los libros del mundo. Y, después qué?, se preguntaba. El Canetti mayor reflexiona que no hay

AUTO DE FE

nada más sano para un niño: con facilidad para los estudios; que fracasara estrepitosamente en algún campo. El niño Canetti siempre fue el peor en dibujo. Sin embargo, le gustaba mucho la pintura. En Viena, a los diecinueve años apreció los cuadros de Brueghel, que le fascinaron. En ellos reconoció los personajes del fuego de su infancia. La labor de Miguel Ángel en la Capilla Sixtina le enseñó cuán creativa puede ser la obstinación cuando va unida a la paciencia.

La muerte de su esposo obsesionó toda la vida de la madre de Canetti. Asimismo, aborreció con particular coraje a la guerra. La guerra era la multiplicación de la muerte del esposo, el absurdo elevado a la categoría de masas. En mayo de 1921 Matilde llegó a Zurich a regañar a su hijo. "Tienes que irte de aquí. ¡Te estás volviendo imbecil!", le dijo. De cualquier manera, su madre quería sacarlo de Suiza. Lo acusó de haberse convertido en una rata de biblioteca, de no haberse ganado nunca lo que se comía, de despreñar el dinero, de no haber hecho nada en su vida. Le reprochó que su única preocupación consistiera en que hubiera suficientes libros para leer. "Piensas que es suficiente leer algo para saber cómo es en realidad. Pero no es suficiente. La realidad es otra cosa. La realidad lo es todo. Quien rehúye la realidad no tiene derecho a vivir". El joven Canetti tiene que abandonar Zurich, su paraíso, una expulsión más, con antecedentes por demás remotos y mitológicos.

Canetti investigó y analizó el poder tan despiadadamente como su madre los procesos en los que se metía su familia. La presencia de la madre, determinante: "Yo soy exactamente como ella". El orgulloso niño reconocía que lo que crece con más fuerza es el miedo. "Es impensable lo poco que seríamos sin haber padecido miedo". Y la risa, era un enigma, un misterio insoluble. Las dos catástrofes que más impresionaron al niño fueron el hundimiento del *Titanic* y la desaparición del capitán Scott en el Polo Sur. Del *Titanic* le asombró que la orquesta siguiera tocando hasta que el barco se hundió. A partir de los diez años Canetti se convence de una idea: se sabe hecho por mucha gente de la que en absoluto es consciente.

El verano de 1914 lo pasaron en Baden, cerca de Viena. En un concierto informan que Alemania le había declarado la guerra a Rusia. Se sentía animadversión contra Inglaterra. Canetti, que había vivido en Manchester, por costumbre o despecho, se puso a cantar lo más fuerte que pudo el himno inglés. Sus hermanos lo imitaron. Estaban en el centro de la multitud. De repente empezó a ver caras descompuestas por la furia, al tiempo que recibían golpes. El niño Canetti no acertaba a comprender qué había hecho, pero esta primera experiencia ante una masa hostil le quedó grabada para siempre. Desde entonces Canetti empezó a odiar todos los bestiales slogans de guerra que oía en la escuela. En su viaje a Bulgaria en 1915 empezó a comprender, de manera directa, algo acerca de la propagación de los odios nacionales. Cuando Canetti tenía doce años estalló la Revolución Rusa. Lenin vivía en Zurich. En una ocasión, en la calle, su madre le dijo: "Míralo bien. Es Lenin. Vas a oír hablar mucho de él". Su madre, ¡oh contradicciones familiares!, que pertenecía a una de las familias más prudentes de Bulgaria, admiraba a Lenin, lo

consideraba un bienhechor de la humanidad.

Canetti era un joven lleno de vida y de ideas, con una sensibilidad especial por las madres. Muchas madres le llegaron a gustar. Admirador de trotamundos, como Colón, Cook, Humbolt, Livingstone, Stanley, Amundsen. Combatiente implacable del mayor enemigo del hombre: la muerte. Nunca aceptó el suicidio. Jamás comprendió que Sócrates tomara tranquilamente la copa de cicuta. Sin duda una niñez y una primera juventud vividas intensamente

Elias Canetti. *La lengua absuelta*. Muchnik Editores, Barcelona, 1981. 340 pp. ISBN. 84-85501-33-0.

sábado, suplemento cultural de *CONTEMPORANEO*, México, número 274, febrero 2, 1983, pp. 10-11.



ELIAS CANETTI

VA MI INFANCIA

Lois de la Madre

El niño Canetti

Las plantas autóctonas de esta región que le habitan desde el momento en que nace el niño, que se va en relación con las plantas autóctonas de su zona.

El niño Canetti, que nace en un momento en que su madre, Matilde, le habla de la vida que él mismo ha vivido, y que ella le ha enseñado a vivir.

La figura tridimensional a lo largo de los años de Canetti, que se va en relación con la vida que él mismo ha vivido, y que ella le ha enseñado a vivir.

La infancia de Canetti es un momento en el que se va en relación con la vida que él mismo ha vivido, y que ella le ha enseñado a vivir.

Canetti, que nace en un momento en que su madre, Matilde, le habla de la vida que él mismo ha vivido, y que ella le ha enseñado a vivir.

La figura tridimensional a lo largo de los años de Canetti, que se va en relación con la vida que él mismo ha vivido, y que ella le ha enseñado a vivir.